

Tres clases de actos de fe y tres tipos de crítica

Un acto de fe no consiste en creer sin ver, o en creer en lo que no se ve, sino en creer que se ve, cualesquiera que sean los ojos con que se mire, e independientemente de que se vea o de que no se vea.

Antonio Machado

I

Cree sin ver. Primera fase de fe

Todos sabemos por sentido común —que, decía Descartes adulándonos, es patrimonio de todos los hombres por igual— la gran diferencia que media entre creer y pensar. «Diferencia» es aquí un plural; para pensar hay que ver, oír, gustar, palpar... con todas las potencias y todos los sentidos, sin menospreciar el aporte de ninguno y con la ayuda de instrumentos, aparatos y métodos. Pensar, con ojos y telescopio —así la astronomía—; pensar con ojos, espectroscopio, microscopio electrónico, centelleadores o berreantes Geiger-Marsden, fotografías en cámara de vapor Millikan..., todo eso es para pensar físicamente. Y porque todo eso es poco para pensar fina, exacta, científicamente, eso de *yo, tú, él, nosotros...* no cuenta casi nada. En «yo pienso que rige la ley de Newton acerca de la gravitación», o «yo pienso que la masa y la energía son lo mismo, salvo un coeficiente», ese de *yo* o *yo* o *yo*, así sea *yo* Newton, o *yo* Einstein.

Cuando un ensador —acerca de filosofía, ciencia, política, sociología... — dice yo pienso, yo afirmo, yo sostengo... nos está invitando a que creamos, no a que separamos; y, al decirlo es de *yo*, sobre todo si lo dice con cierto tonillo e insistencia, nos pide un acto de confianza en sus dotes; y hace de

sus teorías científicas, de sus cuadros, de sus poemas... cuestión de amistad. Nos invita a que creamos sin ver, y, sobre todo, si vemos algo dificultoso, oscuro y, cosa nefanda, de falso, nos conmina a no hablar —de palabra o escrito.

Es que creer es creer a ojos cerrados, y oídos abiertos; y tanto y tanto se cree, y en tantas y tan importantes cosas se cree que, como resultado, se termina por no pensar y por no saber pensar —que exige, cual condición imprescindible, lo de ojos abiertos.

La escala: creo yo sin ver, mas otros, que yo conozco, ven o han visto; creo yo sin ver y creo en otros que, a su vez, creen sin ver y haber visto ellos, mas creen que otros, allá Dios sabe cómo y cuándo, vieron, termina en que nadie piensa y, por remate nadie sabe ya pensar ni qué es pensar —sobre Dios, alma, mundo, pintura, política, literatura, filosofía...

Y si uno cree aquí, ahora, durante esta vida, sin ver, aunque crea que verá en otra, no se libra de ser estúpido en esta vida —aunque por educación nadie se lo diga.

Y por esta desdichada norma de creer sin ver lo mas importante —en religión, política, arte, filosofía.. —, después

de cuatro mil años de cultura la inmensa mayoría de los humanos son racionales sólo por definición que creemos ser verdad, y que por tan falsa la tienen predicadores, mitineros, políticos, propagandistas, adulones de toda calaña y falsos amigos que no soportan pongamos a prueba, a duda, nada. Todo va pasando ya a *cuestión de confianza*. Y va pasando a definición dogmática eso de que *el hombre es racional* —y libre. Entre los griegos fue definición de cosa a ver. Y si en

alguna Constitución se pone,
cual artículo, ense concapción la
vida, los que creer sin ver, sin ver, sin ver, se ponen el
grito en el cielo. En mi tierra hablan de la *funesta manía de pensar*, tan funesta que bien poco es lo que dejan ahora se piense en religión, política, filosofía, ciencia, arte ... El miedo a pensar, y el pánico a dejar que otros piensen, es allí enfermedad colec-tiva, crónica —y contagiosa.

Nada de creer sin vero lejos de ser eso un acto de homenaje a nadie, es el peor d los desprecios. La persona decente y honorable, no digamos magnánima y magnificente, que

advierte que alguien, sin ver, cree en él, en lo que él dice o ha dicho, procura, él mismo, lo antes posible, que se vea, que se piense. *Creer sin ver* es indigno para quien cree y para aquel —persona o entidad— en quien se cree. Hacer ver, *hágase la luz*, fueron las primeras palabras del Dios viejo, y no las de «*Cree, sin ver*»; maldita la falta que hacía para esto la luz en el mundo y en ningún otro.

II

Creer en lo que no se ve. Segunda clase de fe

Claro está que hay cosas que no se ven porque no pueden ser vistas. Nadie puede ver el sonido o los perfumes. Nadie puede ver a *mí*, a un yo —lo íntimo y personal. Yo, tú, él, nosotros no es cosa visible ni pensable. No son objetos, decimos solemnemente los filósofos, pidiendo que no nos crean sin ver. De *mí* nadie sabe ni puede saber nada sino yo. A *mí* sólo me duelen mis dolores y a *mí* sólo me deleitan mis placeres. De eso de ser yo, nadie sabe más que yo, y nada más yo sabe de eso; nadie, ni Dios. Para saber de verdad qué es eso de ser yo, no hay otro medio que ser yo; lo cual no deja de ser maravilloso para mí, mas fuera lo peor para los otros, y lo pésimo para Dios. Curiosidad por saber qué soy yo, y qué siento yo, qué me pasa por dentro, qué tono, timbre, tinte tienen mis placeres y dolores..., la tienen todos —desde Dios, por la propia mujer, a los amigos, a los jefes de partido, y al papa. Pero bien saben ellos, por las mil maneras como nos muestran su desconfianza, que de curiosidad, barruntos, atisbos no pasan ni pueden pasar.

La persona, el yo, es lo que no se ve, lo que, dichosamente, no puede verse, aunque quien lo es intente, con la mejor buena voluntad —que es siempre de agradecer—, revelárnoslo. Toda revelación termina en fracaso; y quien se revela acaba diciéndonos de sí cosas triviales, sabidas ya; y, por sabidas ya, dichas mejor p r los sabios —filósofos, científicos, políticos, artistas ... Lo único que u a revelación añá-de a lo ya sabido se resume en aque la frase de San Juan de la Cruz:

«... y déjame muriendo un no sé qué que quedan balbuciendo».

Todos los dogmas son, por su contenido, una vulgaridad filosófica, científica, literaria, política...; lo único original es ese

«no sé qué que quedan balbuciendo», las palabras, conceptos, ideas, mandatos e imágenes que circulaban por el mundo, cual moneda corriente filosófica, teológica, política, literaria, jurídica, escatológica, apocalíptica.

Es que *yo* —persona divina o humana— es lo que no se ve ni puede verse, por mucho que haga la persona y por buena voluntad que las demás personas, los otros *yo*, pongamos en verlo.

Creemos todos —Dios y nosotros— que somos *yo*; y Dios tiene que creer que *yo soy yo*, y *yo* tengo que creer que Dios es su *yo*. Y de creer, sin ver, de creer en lo que ni se ve ni puede verse, no podemos *aquí* pasar nadie.

Es inútil que el artista —pintor, escultor, poeta— pretenda revelarnos su *yo*, sus intenciones, su sentido del universo, sus ideas, y nos lo declare por escrito, con programas de exposición; inútil y su tantico de ridículo es que otros pretendan revelarnos lo que el *yo* de artista siente o sintió. Todo eso degenera en verborrea —no por insuficiencia del crítico, del amigo, del introductor—, sino por irremediable condición del *yo*.

La virtud que proviene de necesidad, según aquello de *hacer de la necesidad virtud*, es una triste y segundona virtud. Tengamos el decoro de no querer exhibir el *yo* —*mi* concepción de arte, *mi* estilo de pintura, *mi* clase de poesía, *n* filosofía...; hagamos virtud de esa imposibilidad, y no haremos el ridículo ni obligaremos a que lo hagan nuestros amigos y familiares.

Digamos, al dar a *luz* —no a *fe*— un poema, un cuadro, una obra ... : «*ahí queda eso*». Digámoslo y cumplámoslo.

Y por amor de Dios, que no nos tienten, ni pongan a *yo* en la tentación de revelarse a sí mismo con tanta exposición, premio, concursos, ediciones nacionales e internacionales.

III

Creer en que se ve. Ter era clase de fe

«No creer a los propios ojos», no creer en que uno ve. A veces no creemos que sean reales las barbaridades que vemos —políticas, artísticas, religiosas, sociales...—; por suerte, a veces también, no acabamos de creer a nuestros propios ojos ante maravillosas obras literarias, ante portentos de arquitectura, golpes magistrales en política, actos heroicos —y, ¿por qué no?, algunas páginas de filósofos.

Y nos frotamos los ojos para ver mejor y cerciorarnos de que vemos bien y de que no sufrimos de alucinaciones.

Y realmente hace falta en ciertos casos «creer a los ojos», creer que uno ve, creer al pensamiento, creer que se piensa. No poco le debió costar a Galileo creer a su pensamiento, a lo que su inteligencia le demostraba, respecto del centro del mundo; fiarse y confiar en el pensamiento es de lo más difícil de alcanzar en filosofía y en ciencia.

La fe en la ciencia —eso que dicen para excusarse y acusar los apologistas del «creer sin ver»— no es fe; es confianza en la razón y fiarse de la razón; algo diverso y divergente «creer sin ver», fiándose en este caso en la palabra de otro que, cree uno, ve.

La ciencia, y la filosofía, y el arte genuinos no acaban de creer a sus propios ojos; y háceseles dificultoso creer que son ellos, Platón, Aristóteles, Arquímedes, Descartes, Leonardo, Durero, Bach, Kant..., quienes han hecho la obra que, según las convenciones, firman. Y ninguno de ellos, de los grandes, son ególatras y egotistas, exhibicioneros y propagandistas.

Y ésta es la buena especie de fe: fiarse de y confiar en los ojos, en la razón, en las manos, en los oídos. Y, modestamente, *creer que se ve*. Y si el filósofo, el científico, el artista, el político de verdad tienen, ellos mismos, que creer que ven; si, a veces, ante la magnificencia y novedad de la obra, no acaban de creer a sus propios ojos, y se suden la cabeza y retan a los ojos para cerciorarse de que no ven visiones, no podrán aguantar — ni es por urbanidad, pero con interior desprecio y compasión— las alabanzas desrtempladas, los elogios hiperbólicos, los ditirambos encendidos de los que, en

realidad de verdad, *creen sin ver*, o *creen ver lo que no se puede ver*. Son, pues, sus alabanzas reales y verdaderas injurias.

Con su habitual y siempre profunda irreverencia decía Voltaire que «el papa es una persona sagrada a la que hay que besar los pies, y atar las manos».

Filósofos, artistas, políticos, críticos hay a los que, dejando aparte eso de besar los pies, habríamos de atar las manos y tapar la boca. Y literatas, poetisas, pintoras, políticas hay también a las que, además de besar reverentemente los pies, convendría atar las manos y tapar la boca. Y lo mejor fuera que ellos y ellas espontáneamente lo hicieran. Que a este paso no nos va a quedar otro recurso a amigos y parientes que llevar, de manera más o menos visible al ir a exposiciones o librerías, tapada la boca y atadas las manos.